

*A mi querida Adela en el día de su cumpleaños.  
Por su bondad, por su fidelidad y por su servicio constante.  
Estas palabras fueron escritas para un grupo de catequistas,  
y Adela, que yo recuerde, no lo ha sido nunca,  
pero sí es madre diligente en la educación cristiana de su hijos.  
La pongo bajo el auxilio de María, también madre.  
20 de marzo de 2023*

## **SANTA MARÍA VIRGEN EN EL APRENDIZAJE DE LA ORACIÓN CRISTIANA**

Sabéis bien que la iniciación cristiana es, primero, un adherirse progresivo a la fe, esto es, al movimiento por el cual la Iglesia Apostólica responde a la revelación y a la donación que Dios ha hecho de sí en su Hijo.

En segundo lugar, la iniciación cristiana es también un introducirse en la liturgia, especialmente en los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la Eucaristía. El bautismo nos une de tal forma a Cristo que nos hace partícipes de su filiación divina, lo que nos da una cercanía objetiva y nueva al Hijo, al Espíritu Santo y a Dios Padre. La confirmación es la capacitación obrada en nosotros por el Espíritu Santo para una comunión más perfecta con Cristo, que implica compartir su misión redentora, esto es, su entrega definitiva. ¿Dónde se actualiza y es presente para cada generación la entrega de Cristo? En la Eucaristía. Por eso el sacramento de la confirmación mira al de la Eucaristía, que es el culmen de la iniciación cristiana.

En tercer lugar, la iniciación cristiana es un introducirse en la vida nueva. ¿Qué es esto de la vida nueva? La vida de los que, unidos a Cristo, aprenden a vivir los mandamientos con el dinamismo de la gracia de Dios, que conduce al hombre a la santidad.

En cuarto lugar, la iniciación cristiana es un aprender a relacionarse con las personas de la Santísima Trinidad. Y eso es la oración.

En cada uno de estos aspectos de la iniciación cristiana la Virgen María tiene su lugar. Me pidieron que os hablase de Santa María Virgen en la catequesis. Y lo primero que pensé fue: sería necesario mostrar el lugar de la Virgen en cada una de estos aspectos de la iniciación cristiana. En el marco de esta visión de conjunto, hoy vamos a limitar nuestra atención al lugar que ocupa Santa María Virgen en el aprendizaje de la oración, en el aprendizaje de la relación con el Padre, con el Hijo hecho hombre, y con el Espíritu Santo. Sólo señalaremos algunas cosas.

Echemos, primero, un vistazo a la oración de la Virgen María. Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, (2617): **«La oración de María se nos revela en la aurora de la plenitud de los tiempos. Antes de la encarnación del Hijo de Dios y antes de la efusión del Espíritu Santo, su oración coopera de manera única con el designio amoroso del Padre: en la anunciación,**

**para la concepción de Cristo (Cf. Lc 1,38); en Pentecostés para la formación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo (Cf. Hch 1,14)».**

Con estas palabras el *Catecismo* hace referencia a dos momentos de oración de la vida de María: el de la anunciación y el de Pentecostés. Vayamos al primero. La Encarnación es un acto de Dios: es el Verbo de Dios quien se encarna, quien «obra». Él tiene el protagonismo. Sin embargo, hay que subrayar dos cosas:

En primer lugar, que el contexto en el que se realiza la Encarnación es el de la Oración de María: María está rezando. Así lo ha entendido siempre el Pueblo de Dios: que María rezaba en la intimidad de su habitación y de su casa cuando recibió la visita del Arcángel. Este hecho es importante: el silencio, el recogimiento, la intimidad... lo contrario al bullicio y al ruido, lo contrario a estar pendiente de muchas cosas, lo contrario a la atención a lo exterior. Se trata de un marco necesario para lo que va a ocurrir: la irrupción de Dios en la vida de María.

En segundo lugar, es cierto que la Encarnación es una acción de Dios. Es el Verbo el que se hace carne, el que toma carne de las entrañas de María. Pero el papel de María no es meramente pasivo. Es necesario que ella diga su «sí». Y este «sí», que hace posible la Encarnación del Verbo, es parte de su oración, que antes ha impuesto silencio a las voces exteriores y que precede al anuncio del ángel. Este «sí» forma parte del recogimiento que María se impone a sí misma para poder adentrarse en la habitación interior de su alma, donde resuena la voz del que es la Palabra. Este «sí» forma parte de la renuncia de María a la atención de mil cosas para prestar atención al Único Necesario. El «sí» es una palabra de oración. El recogimiento, el silencio, la intimidad, permiten que María dé un «sí» auténtico, poniendo todo su «yo» en él. Y así también su oración es eficaz. Ella no es un instrumento inerte en manos de Dios. La Palabra de Dios, creadora, viva y eficaz, requiere del sí de María, que también es eficaz. Volveremos sobre este aspecto.

Por eso dice el *Catecismo* que María coopera con el designio amoroso del Padre. ¿Cómo coopera? Con su oración, con su silencio, con su recogimiento, con su adentrarse en el interior para escuchar en su alma al que no cabe en el Universo. ¡Qué idea tan distinta a la nuestra, cuando hablamos de cooperar con Dios! La verdadera cooperación que nos enseña María es la de la oración. No una oración ocasional, sino esta suya, que implica la decisión de imponerse silencio, tiempo, interioridad...

Dice el *Catecismo* que María coopera en dos momentos determinantes de la realización del plan de Dios: en el momento del anuncio del Ángel para la concepción de su Hijo; y en el momento del primer Pentecostés tras la muerte y Resurrección, para la formación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En los dos momentos decisivos, su cooperación es la oración. El *Catecismo* dice que cooperó, y que lo hizo de manera única. En el momento de la Anunciación, todo depende de su oración y de su sí. San Bernardo, el gran enamorado de la Virgen, expresó bellísimamente este depender toda nuestra salvación del «sí» de María. Os leo cómo lo expresa él, aunque seguro que lo habéis escuchado muchas veces.

A la pregunta de María sobre cómo va a concebir al Hijo del Altísimo, **«¿Cómo será esto, pues no conozco varón?»**, el ángel responde: **«El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será Santo y será llamado Hijo de Dios»** (Lc 1,35). Y aquí san Bernardo, como si se introdujese en la escena, le dice a María cosas como estas:

Ya que a tus oídos se les anunció el gozo y la alegría, escuchemos también nosotros de tu boca la gozosa respuesta que anhelamos, para que se alegren los huesos quebrantados. [...] El ángel está aguardando la respuesta [...]. Señora, también nosotros esperamos esa palabra tuya de conmiseración, oprimidos miserablemente por la sentencia de nuestra condena. [...] Te lo pide, Virgen entrañable, el compungido Adán, arrojado del paraíso con su infeliz descendencia. Te lo suplican Abraham y David y todos los Santos Padres, padres tuyos también, que habitan la tierra mortal de sombras. Todo el mundo espera expectante postrado a tus pies. [...] De tu boca depende el consuelo de los afligidos, la liberación de los cautivos, la redención de los condenados y la salvación de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Responde ya, oh Virgen, ¡que nos urge! Di la palabra que ansían los cielos, los infiernos y la tierra. Ya ves que el mismo Rey y señor de todos se ha prendado de tu belleza y desea ardientemente el asentimiento de tu palabra, por la que se ha propuesto salvar al mundo. Hasta ahora le has complacido con tu silencio, pero ahora suspira por escucharte. A voz en grito está diciéndote desde el cielo: "Tú, que eres la más hermosa entre las mujeres, déjame oír tu voz". Y si le dejas oír tu voz, hará que tus ojos vean a nuestro Salvador. ¿No es esto lo que buscabas, aquello por lo que gemías y suspirabas día y noche? [...] Tú eres la mujer por medio de la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso desde el principio realizar la salvación del mundo. [...]

Contesta en seguida al ángel, [...] al Señor mismo en la persona del ángel. Di una palabra y recibe a la Palabra. [...] ¿Por qué tardas? [...] Dispón tu acogida. Cobre atrevimiento tu humildad y confianza tu pudor. [...] Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento y las entrañas al Creador. Mira que está a la puerta llamando el deseado de todos los pueblos. [...] ¡Levántate, corre, abre! Levántate por la fe, corre con la devoción, abre con el consentimiento<sup>1</sup>.

El momento culminante de la Historia de la Salvación depende de la oración de una muchacha. Un momento que había sido preparado por muchos momentos anteriores de oración de esa misma muchacha, cosa que el Evangelio no cuenta, pero de lo que a mí no me cabe la menor duda. Todos conocéis la tradición que habla de que María niña fue llevada al Templo y que allí se dedicó a la oración, hasta que llegó el momento de ser entregada en desposorio. Esta idea, modernamente despreciada como una devoción pasada de moda, me parece que expresa muy bien la realidad de que María estaba entrenada en el silencio, en la interioridad, en la oración. Hacemos de menos esta tradición con facilidad, porque fácilmente despreciamos el valor de todas estas cosas, que no entran ni en nuestra vida, ni en el camino de la educación de nuestros niños. Es necesario acostumbrar a los niños al silencio, a la

---

<sup>1</sup> SAN BERNARDO, "En alabanzas a la Virgen Madre", VIII, en: ID., *Obras Completas II, Tratados (2º)* (BAC, Madrid 1994), 671-673

adoración, desde el principio. Y hablo de los niños que vienen en aluvión cuando se abre la inscripción para la catequesis; quizá hacer esto con todos estos niños no esté en nuestras manos, pero sí con nuestros hijos y con los niños más cercanos de nuestras comunidades parroquiales.

El caso es que la oración de María es el espacio en el que ella recibió el anuncio del ángel y el espacio en el que el Hijo eterno de Dios tomó para siempre la naturaleza humana como propia. Este momento con el que comienza la plenitud de los tiempos (Cf.: Gal 4,4), es un momento de oración de María. Y la respuesta de fe de María a la Palabra divina, es una oración, fe en acto, que eso es, entre otras cosas, la oración.

Aquí corremos el peligro de pensar que la importancia de la oración para que se cumpla el plan de Dios es algo exclusivo del papel que María debía jugar en la Historia de la Salvación. No es cierto en absoluto. El papa Benedicto XVI, antes de ser papa, puso de manifiesto que el progreso de la obra salvífica de Dios, desde que llama a Abraham hasta la Encarnación, está jalonado y posibilitado por el sí de Abraham, de David... y de tantos otros. Todos ellos posibilitan el «sí» de María y, de alguna forma, conducen a él. Todos se concentran en él. Luego, el acontecimiento de Cristo incluye también el sí de los Apóstoles. Y después de Cristo y de los Apóstoles, la vida de la Iglesia está también jalonada por el «sí» de muchos, que hacen posible que el acontecimiento de Cristo siga llegando a todos los hombres y a todas las realidades humanas.

La oración de muchos israelitas fieles, desde Abraham, posibilitó y preparó el sí de María; y la oración de muchos cristianos fieles lo prolonga en el tiempo. Sin la oración de los fieles de Israel no habría sido posible el sí de María; y sin el sí de los santos posteriores a María, aquel sí no se habría prolongado en la historia hasta nosotros. Por tanto, todos ellos son importantes. También es importante nuestro sí, nuestra oración. También nuestra oración entra en el diálogo que hace perceptible la voz de Dios, que hace que la voz de Dios llegue a todos.

Aquel día en el que María, como tantos otros, se impuso silencio y mandó a su corazón que centrara su atención en el Único Necesario, no sabía que recibiría el anuncio del Ángel y que con su «sí» traería al mundo al que el mundo no puede abarcar. Cuando nosotros nos levantamos cada mañana no sabemos la importancia que va a tener cada momento de intimidad, de silencio, de oración. Creemos que no haremos nada si no salimos fuera para ocuparnos de esto o de aquello. Y cuando dedicamos un tiempo a la oración buscamos una eficacia inmediata: conseguir una gracia; o comprender un misterio de la Palabra de Dios; o alcanzar paz interior cuando un problema nos agita; o peor aún, cumplir el expediente. María nos enseña a adentrarnos en la escucha, en la espera, en el silencio... para que Dios hable y disponga, para que nosotros podamos escuchar, para que podamos responder. ¡Solo así nuestra vida puede ser eficaz! Toda otra aparente eficacia se perderá en el mar de la historia.

Pero es verdad que el sí de María es único. Lo es, en primer lugar, porque es el sí de la Inmaculada, es decir, de la mujer que es plenamente libre de pecado y, por tanto, plenamente

dueña de sí. Su libertad frente al mal, que le da el don de su inmaculada concepción, confiere a sus actos libres una eficacia como no había tenido ningún hombre desde Adán y Eva. El sí de María tendrá una consecuencia universal, que afecta a todo hombre venido a este mundo, antes o después de ella.

En segundo lugar, la eficacia de la oración y del sí de María radica en que su respuesta a Dios es la única respuesta adecuada al anuncio que recibe. ¿En qué consiste el anuncio que recibe? En que Dios se entrega a su maternidad. La única respuesta adecuada a la entrega de Dios es su propia entrega. Dice el *Catecismo*: **«Fiat, esta es la oración cristiana: ser todo de Él, ya que Él es todo nuestro»**. Y eso es lo que hace María. Su oración es eficaz porque es la respuesta justa al don de Dios. En el diálogo con Dios, el sí de María se ajusta a la lógica con la que Dios se dice y se entrega por medio de su Palabra. María habla con Dios según el Logos<sup>2</sup>, es decir, según el orden y el amor con el que Dios, por su Logos, ha creado el Universo y ha hablado a lo largo de la Historia de la Salvación. Eso propiamente es la oración: La palabra dicha a Dios que responde y es conforme a la Palabra de Dios. No cualquier palabra es oración. La palabra humana solo es oración cuando se ajusta al Logos de Dios, a la Palabra de Dios, a la verdad de Dios, a su amor, a su entrega. Para que se pueda realizar ese ajuste de la palabra del hombre a la Palabra de Dios es necesario silenciar al mundo y silenciar al «yo», no para anularlo sino para que quede como el siervo, como el hijo que está pendiente de qué va a decir su Señor, su Padre (Cf. Sal 123, 1b-2): **«A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo. Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, esperando su misericordia»**. La oración de María es eficaz porque es la oración justa. Antes de que se inaugure la filiación divina del hombre, ella ya ora como la sierva y la hija: **«He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según su Palabra»**. Ajustando su voluntad y su corazón a la Palabra de Dios, dice su oración eficaz, su sí pleno y verdadero.

El *Catecismo* dice una cosa que me parece preciosa: **«el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el principio de los tiempos»**. El sí de María, sí pleno, ajustado a la verdad de Dios y a su entrega al hombre, se ajusta al plan de Dios y así es la acogida que Dios esperaba desde el principio de los tiempos. María, si me permitís la expresión, «redime» la decepción de Dios y la ofensa a Dios. En su respuesta de fe, fe de humilde esclava e hija, ella consigue que el corazón de Dios encuentre su gozo: Dios se alegró desde toda la eternidad en el silencio de María, en su deseo de que Israel contemplara la llegada del Mesías, en su meditación de la Escritura, en su escucha obediente, en su oración, en su sí.

En el libro de los Proverbios aparece un famoso discurso de la Sabiduría, que tradicionalmente se ha identificado con el Hijo Eterno de Dios, con el Logos de Dios. Y entre otras muchas cosas la Sabiduría dice que un día tras otro ella alegra a Dios: **«Día tras día lo**

---

<sup>2</sup> San Isidoro de Sevilla, que en sus *Etimologías* habla de la oración como «discurso» de la «razón». No parece que la exposición de san Isidoro se ajuste realmente a la etimología de la palabra, pero sin embargo nos pone en la pista de que la oración es «el discurso según la razón», o mejor: «según el Logos». Cf.: SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, I,5,3

**alegraba»** (Pro 8,30). Bien podrían ser estas palabras dichas por María: día tras día, desde toda la eternidad, la contemplación del sí de María alegraba a Dios. Repito lo que dice el Catecismo: **«el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el principio de los tiempos»**. Desde la creación solo ella acoge y responde como conviene. Ella es la orante por excelencia, la que responde a Dios conforme a su amor. Por eso he dicho que solo ella redime la decepción y la ofensa a Dios.

Entended que no hablo ahora con el lenguaje de un teólogo, que sabe que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, es el único Redentor, aquel de quien el Padre dice: **«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco»** (Mt 3,17). Perdonad que no hable con el lenguaje de un teólogo que sabe que solo Jesús, el Hijo hecho hombre, ha restablecido la ofensa de todos los hombres a Dios con su amor perfecto en la cruz, que solo él ha reconciliado al hombre con Dios. Pero es que María con su sí ha precedido el sí de su Hijo; y por eso lo ha engendrado, y lo ha dado a luz, y se ha identificado desde el principio con Él. Cuando el Concilio de Éfeso reconoció a María con el título de Madre de Dios (*Theotokos*), quiso expresar que María no fue solo un instrumento inerte en manos de Dios, sino madre verdadera. Su amor y su entrega, en el diálogo de la oración, la hizo la Madre del Verbo hecho carne. La encarnación del Verbo, ¿es toda obra de Dios? Desde luego, puro don, pura gracia. Pero también es, plenamente, mérito de María, mérito de su amor libre, de su «sí». Y por eso digo que, entre todos los que solo son hombres, solo en ella puede Dios congratularse plenamente. Dios se llena de gozo en la oración de María. El fruto es la encarnación del Hijo de Dios. ¿Habría, pues, algo más eficaz que una oración desinteresada, que no se acerca a Dios con ningún tipo de cálculo?

He dicho antes algo que quiero retomar. María con su sí ha precedido el sí de su Hijo, y de esa manera lo ha engendrado y se ha identificado con Él. El ser del Hijo se define por recibirlo todo del Padre (**«Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis, mi alimento es hacer la voluntad del Padre»** —Jn 4,32—). Pero María precede y acompaña a su Hijo en ese recibirlo todo de Dios. Eso la identifica del todo con su hijo. El vínculo materno entre madre e hijo no se romperá jamás, no tanto en virtud de la gestación y de parto, cuanto en virtud de su oración, por la plena libertad y radicalidad con la que María ha acogido la Palabra dada por Dios y la ha hecho suya. Lo que quiero subrayar aquí es la identificación que la oración de María provoca: Madre e Hijo son inseparables.

La iconografía cristiana ha representado esta unidad en la imagen mil veces repetida de Jesús niño en los brazos de María. La Madre de Dios ofrece al Hijo en sus brazos, pero son una sola cosa. Es como si fuese imposible tomar al hijo, sin tomarlo de la madre y con la madre. Incluso cuando a Jesús niño se le representa con los atributos divinos, ambos parecen inseparables. La unidad de la madre y del Niño parece expresar algo más que el afecto y el cuidado materno, parece expresar este hecho de que no se puede tomar al Hijo sino de la Madre y con la Madre. Os he puesto en la pantalla, como ejemplo, el detalle de una obra del beato Angelico, llamada «Sagrada conversación». Es solo un ejemplo entre mil. Quizá en otras obras esta unión entre Madre e Hijo aparezca con más evidencia, pero os traigo esta porque

es una preciosidad. Aquí Jesús niño aparece ya con los rasgos del Redentor del mundo, pero es su madre quien lo muestra y quien lo ofrece.



Cuando se representa a María junto a la cruz, madre e hijo ya aparecen como realidades separadas. Están en la misma escena, pero se impone, al menos, una separación física. Pero es una separación solo aparente. La piedad cristiana ha buscado formas para representar la unidad de la madre con el Hijo también en el momento supremo de la cruz y de la muerte redentora de Cristo. Por ejemplo, en muchas representaciones del Calvario, la Magdalena y Juan, el discípulo amado, retiran la vista del Aquel a quien aman. Es una forma de expresar el dolor ante tanto dolor y el cumplimiento de las palabras de Isaías: **«Hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros»** (Is 53,3) Sin embargo, María bebe el cáliz de su Hijo y mantiene la mirada. La fotografía es de un cuadro que está en el Oratorio, atribuido a Mariano Salvador Maella.





Os traigo otro ejemplo de como se expresa esta unidad entre madre e hijo. Esta obra la podemos contemplar en el Prado, es el descendimiento de Rogier van der Weyden. Si os fijáis, el derrumbarse del cuerpo de la Madre es prácticamente el mismo que el del Hijo, el paralelismo indica que la muerte del Hijo la sufre de forma idéntica la Madre. Incluso el rostro de María ha adquirido la lividez de la muerte antes que el rostro del Hijo. ¡Identificación perfecta entre ambos!



La representación más popular en la que la que el pueblo cristiano ha visto esta identificación es la imagen de la Piedad. Allí, como en las imágenes de la Virgen con el Dios niño, la Virgen Madre y su Hijo vuelven a ser una sola cosa. Seguro que todos tenáis ya en la mente esta preciosa Piedad de Miguel Ángel. Primero una visión general y luego un detalle.



El genio florentino tiene otra piedad que aún intenta expresar mejor esta unidad. Es una obra inacabada de Miguel Ángel. Nadie se la encargó, era expresión de su propia búsqueda artística y religiosa. Trabajó en ella en varios periodos durante años, a lo largo de los cuales hizo correcciones sobre lo que iba proyectando. Trabajó en ella hasta pocos días antes de su muerte y la encontraron en su taller, en su casa, cuando murió. Se la conoce como la *Pietà Rondanini*. Está en Milán, en el Hospital Español, del Castillo Sforza.



No es una imagen realista, no quiere copiar lo que verían los ojos, sino ir más allá. Como veis, el cuerpo de la Madre y del Hijo se confunden. También en la muerte parecen unidos. Esta es la piedad de María, que es toda ella amor a su Hijo, pero también toda ella un sí al plan de Dios y, así, verdadera identificación con aquel que no ha venido a hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre.





Pero quiero llegar a una conclusión: la identificación de Madre e Hijo es tal que solo podemos hacer nuestro al Hijo con la oración de María: con esa oración suya que viene de lejos, muy anterior al momento de la Encarnación, con su sí a las palabras del ángel, con su sí en la cruz, con su oración antes de Pentecostés, donde ella ora y la comunidad de los Apóstoles ora con ella en la espera del Espíritu Santo.

Todo esto nos lleva a preguntarnos por el aprendizaje de la oración en la Iniciación Cristiana. Mirad, hay que entender que la iniciación cristiana se realiza, sobre todo, por la inserción del hombre en el diálogo entre Dios y su pueblo. Al participar de esta comunión del Pueblo de Dios, en la hospitalidad cristiana, se puede dar un sí verdadero a la doctrina cristiana, la verdad sobre Dios y sobre el hombre, al camino moral del hombre, a la verdad de los sacramentos, etc. Hay que introducir al hombre en la Palabra de Dios y en la respuesta de fe que es la oración del Pueblo de Dios, en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento y en el presente de la Iglesia Universal y de la comunidad cristiana concreta. Es todo una unidad. Palabra de Dios y fe, Palabra de Dios y oración de los hombres que han escuchado y respondido, que escuchan y responden. Enseñar la oración cristiana es introducir a los hombres en este diálogo.

Desde luego que el momento a partir del cual estamos reflexionando, el diálogo de la Anunciación, como el de la oración que precede a Pentecostés, es un momento que sobresale por encima de todos. La respuesta de María a Dios en la Anunciación y el diálogo de los Apóstoles con Cristo, que culmina en Pentecostés, son tan importantes que tanto María como los Apóstoles forman parte del revelarse y del entregarse de Cristo, forman parte del propio acontecer de Cristo. Eso es lo que se expresa cuando se dice que la Revelación de Dios termina con la muerte del último apóstol, porque ellos forman parte del acontecer de Cristo.

La primera cosa práctica que no podemos no hacer es vivir nosotros sumergidos en ese diálogo, lo que se concreta en la oración silenciosa, cotidiana, que hace silencio, que escucha la Palabra y que, unida a los que nos precedieron, aprende a responder a Dios. La segunda cosas práctica es invitar a los otros a que nos acompañen en esta tradición de la oración.

Si María es la Madre de Jesús, es también nuestra madre. Tanto en la cruz, como en Pentecostés se ha hecho nuestra madre, Madre de la Iglesia. Debemos explotar toda la riqueza de esta realidad. Debemos enseñar a pequeños y mayores a buscarla para con ella hacer silencio, y aprender a escuchar y a responder a Dios. Debemos enseñar a tenerla como mediadora, como intercesora y como modelo. Pero, sobre todo, debemos enseñar a tenerla como Madre. Si se me permite la imagen, debemos aprender a escondernos nosotros entre las piernas de nuestra Madre, cuando al escuchar la Palabra de Dios, no sabemos muy bien cómo responder. Debemos aprender a refugiarnos entre sus piernas como niños pequeños y confundirnos con ella, pronunciando sus palabras, entregándonos con ella, contemplando con ella, sufriendo y gozando con ella ante su Hijo, cuando habla, cuando enseña, cuando corrige, cuando perdona, cuando muere, cuando resucita.

## SANTA MARÍA VIRGEN Y LA MEMORIA DE CRISTO EN LA ORACIÓN Y EN LA CATEQUESIS

La segunda parte tiene que ver con este adentrarse en la oración de la Virgen para hacer nuestro a Cristo, para ofrecérselo a los que se inician y para identificarnos nosotros cada vez más con nuestro Maestro, Señor, Salvador, con el Esposo de nuestra Alma. Y trata sobre la memoria de María. La idea me la dio una catequesis de Benedicto XVI. Allí muestra algo que ya hemos visto en el *Catecismo*: cómo la oración de María juega un papel determinante en la concepción humana del Hijo de Dios y en la concepción de la Iglesia en Pentecostés. «Con María comienza la vida terrena de Jesús y con María se inician también los primeros pasos de la Iglesia; en ambos momentos, el clima es el de la escucha de Dios, del recogimiento», dice el papa difunto.

Todos conocéis la famosa exhortación que san Pablo, cuando está en la cárcel en Roma, y ve cercana su muerte, le dirige a su hijo, amigo, discípulo, colaborador, Timoteo: **«Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos»** (2 Tim 2,8). Cuando hablamos de san Pablo, traemos a nuestra imaginación al gran evangelizador del mundo pagano, de las ciudades del norte de Siria, de las ciudades de Chipre, de las ciudades de Asia Menor, de las ciudades griegas, de Roma, y puede que hasta de alguna de las ciudades costeras de la Hispania romana. Aún así, no hay que confundirse, cuando san Pablo muere, las comunidades cristianas por él fundadas son insignificantes para la mirada del mundo, pequeños grupos sin capacidad de influencia en las decisiones de poder. Sin embargo, san Pablo no deja de tener a la vista el mandato misionero de Jesús: **«Id y haced discípulos a todos los pueblos...»** (Mt 28,19), un horizonte de crecimiento de la Iglesia, que ha de albergar en su seno al mundo entero, para unirlo a Cristo y presentarlo a Dios. San Pablo no deja de tener presente la gran misión de la Iglesia: hacer que todo tenga por cabeza a Cristo. Al mismo tiempo, san Pablo también ve las amenazas diabólicas que se alzan en el seno mismo de la comunidad cristiana, para frenar esta misión: la amenaza de quienes olvidan la sana doctrina, el depósito de la fe de los Apóstoles, se alejan de la verdad salvífica y rompen la comunión de la Iglesia Una.

El reto de la evangelización es imponente y el peligro de los que en el seno mismo de la Iglesia son instrumentos de ruptura y de parálisis, de traición a la vida de la gracia recibida de Cristo, también. Ante esos dos retos imponentes y sobrehumanos ve a sus hijos, desarmados, sencillos, ricos solo de amor al Evangelio y en caridad fraterna, y lleno de afecto paterno, de celo de pastor, de amor de amigo hacia aquellos que han compartido su misión, su vida y sus sufrimientos, como es el caso de Timoteo, dice esto, que tantas veces hemos escuchado: **«Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Este es mi Evangelio, por el que llevo cadenas»** (2Tim 2,8). Ni ante la misión sobrehumana que tienen por delante, ni ante la lucha contra las fuerzas diabólicas que se desatan y se

desatarán siempre en todas partes, tiene san Pablo otra estrategia que esta: **«Haz memoria de Jesucristo»**.

La vida de la Iglesia es esta memoria. ¿Qué es la Eucaristía, sino el memorial de su amor, de su sacrificio? Ciertamente que es una memoria a la que la gracia de Cristo ha capacitado para hacer presente y actual el pasado que recuerda, cosa del todo imposible para ningún otro acto de memoria humana, ni de reconstrucción histórica. La Eucaristía, que es una obra de Cristo vivo, lleva la memoria más lejos de lo que nunca se hubiera podido sospechar, porque en la memoria de las palabras de Cristo en la Última Cena y de sus gestos con el pan y el vino, se actualiza el acontecimiento completo y pleno de Cristo y de su obra salvífica. La Eucaristía, que es el centro de la vida de la Iglesia, es memoria fecundada por el Espíritu del Resucitado. Y la misión de la Iglesia no es sino introducir a los hombres en esta memoria y así llevarlos a la comunión con Cristo, que es su contenido. Y eso lo hace la Iglesia por la palabra y el sacramento. Palabra y Sacramento. No debemos olvidar este binomio. La catequesis es una forma de ministerio de la palabra en la Iglesia. Vuestro sagrado oficio en el seno de la Iglesia, a veces en el seno de comunidades pequeñas, en barrios enormes y descristianizados, en medio de las tentaciones y de los engaños que siempre y en todas partes levanta el Maligno, que no son nuevos, ni más peligrosos que los de otros tiempos, aunque a veces a nosotros nos parezcan insuperables, vuestro sagrado oficio es hacer memoria de Cristo.

¿Cómo os imagináis, si no, las catequesis de san Juan, el discípulo amado, a los cristianos de Éfeso, cuando era ya anciano? No me cabe duda: un volver constantemente a cada palabra, a cada gesto, a cada enseñanza, a cada milagro, a cada amanecer de la vida de su amado Señor, cuando veía cómo las primeras luces del alba dibujaban la silueta de Cristo en oración, en la cima de cualquier monte. «Memoria de Cristo»: **«Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos»** (1 Jn 1b-3a).

En la predicación, en la catequesis, en la enseñanza de la Iglesia, la persona de Cristo, con todo lo que conocemos de su vida humana, es el acontecimiento fundamental y, por decirlo de alguna forma, no nos está permitido ir más allá de Él. Quiero decir que en Él está toda la verdad de Dios y del hombre, de forma que el contenido de la predicación, de la enseñanza, de la catequesis es Él. Lo que ocurre es que Él es el Hijo que nos lleva al Padre, el Ungido, que nos hace participar de su Espíritu; el que se hace cercano al hombre y nos acerca a cada hombre. Decir que en Él está toda la verdad de Dios y del hombre es decir más de lo que parece. Él no es solo nuestro dogma, el contenido de nuestra fe, es también nuestra liturgia, porque Él es el gran sacerdote que trae del cielo para cada hombre la vida divina en los sacramentos. Y Él, Jesús, es nuestra moral, nuestra forma de afrontar la vida, porque se nos ha acercado a cada uno, para que lo sigamos y se ofrece no solo como norma de toda vida humana, sino como la compañía necesaria para esa vida, más aún, como quien lleva en sí al hombre, como el pastor que lleva sobre sí la oveja enferma o débil, como la vid que en sí



hace crecer el sarmiento, que por sí solo no puede producir nada y se seca, Él toma a cada hombre para que en Él viva la vida de los hijos de Dios. Por eso, muy bien, el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha designado la enseñanza de la moral como la «vida en Cristo». Y, por último, Jesús es también el primer término de nuestra oración. ¿A quién se dirige, de forma inmediata, la súplica, la mirada contemplativa, la acción de gracias de cualquier cristiano de cualquier tiempo? A Jesús. Él llena la mirada de los Apóstoles, de Simón Pedro, cuando después del milagro de la pesca milagrosa se vuelve a Él en la barca; o de Juan cuando salta al agua para nadar hasta la orilla en la aparición del Resucitado. A Él se dirigen los que tienen necesidad de salud, como la pobre hemorroísa que ya había gastado todo lo que tenía en médicos; a Él lo busca la pecadora, la que llora a sus pies, porque necesita el perdón; a Él va a llorar la hermana de Lázaro para implorar el milagro imposible, la vuelta a la vida del hermano que ya se descomponía en la tumba; Él es la alegría de los gloriosos ángeles y de los pobres pastores. El Evangelio está lleno de ejemplos: Él es el primer término de la oración, de la súplica, de la contemplación, del corazón que exulta de gozo... En nuestro presente es igual, Él atrae en el sagrario y en la cruz la primera mirada de cualquier fiel que entra en la Iglesia, da lo mismo que sea pobre o rico, culto o inculto. Pero, además, unidos a Él, uniéndole a Él como amigo, como hermano, como maestro y como cabeza, nos dirigimos a Dios Padre desde una posición que ni los ángeles tienen ante Dios. Si, al unirnos al Hijo eterno, nuestra posición ante Dios ha variado, ahora somos hijos y decimos como con timidez, con santo temor, pero con la confianza que nos da Jesús: «Padrenuestro... », la oración del Hijo eterno, que es ahora nuestra oración, la oración de los hijos. Sí, nos atrevemos a decir lo que no pueden decir los ángeles.

Así pues, Jesús es el que inicia y consume nuestra fe, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro maestro y el fundamento de nuestra vida moral, a quien rezamos y quien nos enseña a rezar a Dios. Por eso, todo lo que sea ir más allá de Cristo es necedad y pérdida de nosotros mismos. Nos perdemos, la Iglesia se pierde, cuando sucumbe a la tentación de ir más allá de la humanidad del Hijo de Dios: la crucificada y la resucitada. La evangelización, y la catequesis como parte de la evangelización, está ligada a este acontecimiento definitivo de Cristo. En Él Dios nos lo ha dado ya todo. Por eso me parece tan importante la exhortación de san Pablo a su querido colaborador y amigo, Timoteo: **«Haz memoria de Jesucristo»**. Cuando ve cercana su muerte, lo que deja a su hijo, como su verdadero testamento, y ante el inmenso trabajo que la Iglesia tiene por delante, en medio de graves peligros, todo se resume en esto: **«Haz memoria de Jesucristo»**.

La pregunta que le puede surgir a alguno es si la catequesis es, entonces, sencillamente, un hablar del pasado. La respuesta es «no», porque este del que hablamos vive, resucitó de entre los muertos, de tal forma, que Él y todo lo suyo es presente. No me canso de repetir una frase de Orígenes: **«Por su Resurrección, permanece hasta hoy el día de la reconciliación»**<sup>3</sup>. Es decir, que su sacrificio en la cruz es presente. Y lo que dice de la cruz se puede decir de todo lo que hizo en carne humana, de todas sus palabras, de su vida humana

---

<sup>3</sup> ORÍGENES, *Hom in Lev 9,5*: PG 1, 515.523

entera. Es la forma más verdadera y realista que he encontrado de entender aquellas palabras que dice en el discurso escatológico: **«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»** (Mt 24,35). No simplemente porque las recordemos, sino porque la resurrección ha rescatado y glorificado todo lo humano del Hijo Eterno: cada una de sus palabras y de sus gestos. ¡Nada se ha perdido! La resurrección hace que Cristo, con toda su vida humana, abrace todos los tiempos y lugares, Él abraza el universo entero, Él aprehende toda la realidad del hombre y del mundo. De ahí que la fe en la palabra que testimonia a Cristo implique, directamente, la inhabitación de Cristo en el corazón creyente (**«¡Que Cristo —dice el Apóstol — habite por la fe en vuestros corazones! —Ef 3,17—**). De ahí, que la celebración sacramental nos consiga la comunión con Él, la participación de las relaciones trinitarias y los beneficios que de ella derivan, de ahí que la vida moral se convierta así en vida de comunión con Cristo; de ahí que la oración se convierta en participación de los vínculos amorosos con Cristo y de Cristo.

¿Es la catequesis y la educación cristiana un mero recordar? No, porque la referencia al acontecimiento de Cristo, la memoria de Cristo, un acontecimiento único y definitivo, irreplicable, de la historia no nos sumerge en el pasado, sino que es presente, es hoy, y es también eternidad.

En fin, quizá estas palabras sean una introducción demasiado larga para deciros algo muy sencillo sobre María Virgen: que ella nos es necesaria para mantener la memoria de Cristo. ¿Quién sino ella es esta memoria? ¿Qué otro podrá mantener la memoria de Cristo, sino aquel que ha sido unido a la Madre? Juan, el Apóstol, aquel que dice en su carta: **«Lo que hemos visto y oído...»**, es decir, quien constantemente hace memoria de Cristo, sabéis que es designado en su evangelio como **«aquel a quien Jesús amaba»**, y todos lo conocemos como «el discípulo amado». Jesús lo amó con un amor de predilección, del todo singular. Y también el mismo Juan amó a su Maestro y Señor como conviene amar solo a Dios, es decir con un amor virginal, esto es, exclusivo; y con un amor afectuoso, como solo al Dios que se ha hecho hombre se puede amar; y con un amor decidido, como solo se puede amar a quien da la vida por uno. Este amor lo identificó tanto con Cristo, que Jesús en la cruz pudo entregárselo a su Madre y ofrecérselo a ella como quien encarna su memoria. Orígenes, el gran exegeta del s. III, catequista y director de la Escuela de Catequistas de Alejandría, muestra que el amor identificaba tanto a Juan con Cristo, que Jesús se lo ofrece a su Madre, como si fuera él mismo. **«He ahí a tu hijo»**. Orígenes hace ver que Jesús no le dice a María: «Ahí tienes a otro hijo», sino «Ahí tienes a tu hijo», como si Juan fuese Jesús, como si le dijese a su Madre: «Este es Jesús, a quien tú has llevado en el seno y has dado a luz»<sup>4</sup>.

Yo diría que, para nosotros, el camino es el inverso al de Juan. Juan amó tanto a Jesús y se identificó tanto con Él que fue dado de forma casi natural como hijo a la Madre. Nosotros en Juan, que representa a todos los Apóstoles y a toda la Iglesia apostólica, hemos recibido también a María como Madre, para que ella nos lleve a la memoria de Cristo. Antes he

---

<sup>4</sup> Cf.: ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de san Juan* (I,23) vol. I (Biblioteca Patrística 115, Madrid 2020) 108-109

hablado de cómo Juan anciano hablaría a los cristianos de Éfeso de los más pequeños detalles de la vida de Cristo. ¿Qué creéis que haría su Madre, sino tener todo lo de su hijo siempre vivo en la memoria, con la alegría de quien vive unida a aquel que ha vencido la muerte? La que aprendió a escuchar en el silencio antes de que el ángel le comunicase el designio divino, la que después guardaba todo en el corazón, lo seguirá haciendo siempre, pero con la inhabitación de su Hijo glorioso en el alma. No sé si recordáis la película de Mel Gibson, La Pasión, cuando María, mientras vive el *viacrucis* de su hijo rememora muchos acontecimientos pasados de la infancia. Pues imaginad si María, no ya con la angustia de la pasión, sino con el gozo de la Resurrección, con la presencia de su Hijo en su alma, no recordaría cada gesto y cada palabra de la vida de Jesús. María es la memoria viva de Jesús. María la Virgen Madre es el amor que abraza cada palabra y cada gesto de la vida de Jesús y a Jesús mismo. Recordad otro detalle de la película de Mel Gibson, cuando María absorbía la sangre caída de su Hijo con unos lienzos, como para que nada se perdiese... Eso será toda la vida de María tras la resurrección de su Hijo: la memoria viva y amante del Hijo de Dios hecho hombre. Decir "Virgen", en el caso de María, es decir amor indiviso; y decir Virgen Madre es decir amor indiviso que vive para dar vida al Hijo. Nosotros en Juan hemos recibido a María por Madre para dar vida en nosotros al amor a su Hijo.

Enseñar a rezar el Ave María, o el Rosario, enseñar a amar a María y tenerla por Madre e intercesora es adentrar a los hombres en la memoria de María, en la memoria de Cristo. Y esto no vale solo para los que se inician, también para nosotros. ¿Os imagináis cómo gozaría Juan recordando, con palabras o sin ellas, cada uno de los momentos vividos con su Maestro? ¿Qué es el Rosario para nosotros sino ese ejercicio de memoria de amigos y discípulos de Cristo, de hijos de María?

Tantas palabras, para decir, al final, lo importante que es refugiarnos en María, rezar el Ave María y el Rosario y hacer memoria con ella de los misterios de la vida de su Hijo. Es la importancia de rezar con María y de enseñar a rezar con ella.

En Jerusalén los Apóstoles, que ya eran sólo once por la traición de Judas Iscariote, se encuentran reunidos en casa para orar, y es precisamente en la oración como esperan el don prometido por Cristo resucitado, el Espíritu Santo.

[...]

Con María comienza la vida terrena de Jesús y con María se inician también los primeros pasos de la Iglesia; en ambos momentos, el clima es el de la escucha de Dios, del recogimiento.

[...]

En el Cenáculo, en Jerusalén, «en la sala del piso superior, donde solían reunirse» los discípulos de Jesús (cf. Hch 1, 13), en un clima de escucha y de oración, ella está presente, antes de que se abran de par en par las puertas y ellos comiencen a anunciar a Cristo Señor a todos los pueblos, enseñándoles a guardar todo lo que él les había mandado (cf. Mt 28, 19-20). Las etapas del camino de María, desde la casa de Nazaret hasta la de Jerusalén, pasando por la cruz, donde el Hijo le confía al apóstol Juan, están marcadas por la capacidad de mantener un clima perseverante de recogimiento, para meditar todos los acontecimientos en el silencio de su corazón, ante Dios (cf. Lc 2, 19-51); y en la meditación ante Dios comprender también la

voluntad de Dios y ser capaces de aceptarla interiormente. La presencia de la Madre de Dios con los Once, después de la Ascensión, no es, por tanto, una simple anotación histórica de algo que sucedió en el pasado, sino que asume un significado de gran valor, porque con ellos comparte lo más precioso que tiene: la memoria viva de Jesús, en la oración; comparte esta misión de Jesús: conservar la memoria de Jesús y así conservar su presencia.

La última alusión a María en los dos escritos de san Lucas está situada en el día de sábado: el día del descanso de Dios después de la creación, el día del silencio después de la muerte de Jesús y de la espera de su resurrección. Y en este episodio hunde sus raíces la tradición de Santa María en Sábado. Entre la Ascensión del Resucitado y el primer Pentecostés cristiano, los Apóstoles y la Iglesia se reúnen con María para esperar con ella el don del Espíritu Santo, sin el cual no se puede ser testigos. Ella, que ya lo había recibido para engendrar al Verbo encarnado, comparte con toda la Iglesia la espera del mismo don, para que en el corazón de todo creyente «se forme Cristo» (cf. Ga 4, 19). Si no hay Iglesia sin Pentecostés, tampoco hay Pentecostés sin la Madre de Jesús.

[...]

Venerar a la Madre de Jesús en la Iglesia significa aprender de ella a ser comunidad que ora: esta es una de las notas esenciales de la primera descripción de la comunidad cristiana trazada en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42). Con frecuencia se recurre a la oración por situaciones de dificultad, por problemas personales que impulsan a dirigirse al Señor para obtener luz, consuelo y ayuda. María invita a abrir las dimensiones de la oración, a dirigirse a Dios no sólo en la necesidad y no sólo para pedir por sí mismos, sino también de modo unánime, perseverante y fiel, con «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4, 32).

[...]

El Señor puso a la Madre de Jesús en momentos decisivos de la historia de la salvación y ella supo responder siempre con plena disponibilidad, fruto de un vínculo profundo con Dios madurado en la oración asidua e intensa. Entre el viernes de la Pasión y el domingo de la Resurrección, a ella le fue confiado el discípulo predilecto y con él toda la comunidad de los discípulos (cf. Jn 19, 26). [...]. Madre de Dios y Madre de la Iglesia, María ejerce esta maternidad hasta el fin de la historia.

Encomendémosle a ella todas las fases de paso de nuestra existencia personal y eclesial, entre ellas la de nuestro tránsito final. María nos enseña la necesidad de la oración y nos indica que sólo con un vínculo constante, íntimo, lleno de amor con su Hijo podemos salir de «nuestra casa», de nosotros mismos, con valentía, para llegar hasta los confines del mundo y anunciar por doquier al Señor Jesús, Salvador del mundo»<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> BENEDICTO XVI, Audiencia general, miércoles 14 de marzo de 2012